

EL NUEVO AÑO

Víctor Meza

Cada vez que comienza un nuevo año se vuelve irresistible la tendencia a hacer pronósticos, análisis de perspectivas y el manejo de los escenarios posibles para los próximos doce meses. La tendencia es oscilante, se mueve como un péndulo entre la visión más optimista y la que privilegia el pesimismo, pasando con frecuencia por la fase intermedia del escepticismo o de la moderada esperanza. Es inevitable: el comienzo de un nuevo año es tiempo propicio para tales menesteres y especulaciones analíticas.

El gobierno, como es lógico, difunde una visión optimista y halagadora, anunciando éxitos, logros y obras de progreso y modernidad. Se siente estimulado por las prometedoras condiciones de la economía luego de la polémica firma de un convenio con el Fondo Monetario Internacional, lo que le abre el acceso a millonarias sumas en apoyo presupuestario y nuevas deudas. De igual manera, le entusiasman las buenas noticias sobre la reducción en los precios del petróleo y la correspondiente subida en los precios del café. Las remesas familiares, por su parte, superaron los tres mil millones de dólares y han recuperado, aunque parcialmente, su ritmo de crecimiento. La industria turística, a pesar del impacto adverso que pueda tener el acercamiento gradual entre Estados Unidos y Cuba, luce prometedora, sobre todo en su variante de cruceros. Todas estas son buenas noticias y la Administración Hernández tiene razones para sentirse medianamente optimista.

Pero también hay razones para preocuparse. El cumplimiento de los compromisos contraídos con el FMI no será una tarea fácil. Son obligaciones que repercutirán sin duda en los niveles de la conflictividad social. Los despidos masivos en las empresas del Estado y la reducción obligada del tamaño del aparato administrativo generarán, de hecho ya lo están haciendo, niveles preocupantes de tensión e ingobernabilidad. La distribución un tanto arbitraria de los recursos presupuestarios será otra fuente de controversia y confrontación. No puede ser una buena idea privilegiar los gastos militares en desmedro de la inversión en salud y educación.

Pero, sin duda, las principales causas de la crispación habrán de producirse en el campo de la política. La vocación continuista del gobernante, disfrazada de reelección presidencial, puede convertirse en el detonante de una posible crisis política de consecuencias insospechadas. Si a esto sumamos la renuencia del partido de gobierno y sus ocasionales aliados en el Congreso Nacional de revisar la legislación electoral y diseñar las nuevas reglas del juego para acomodarlas a los cambios operados en el sistema político y en la geografía electoral, a partir de las elecciones de noviembre del año pasado, la situación puede volverse explosiva.

La conformación, a finales del año pasado, de una alianza opositora entre cuatro partidos políticos que se oponen al continuismo gubernamental, es una buena noticia. Ojalá que esa alianza se traduzca en una fuerza legislativa real, capaz de frenar los impulsos reeleccionistas que pretenden imponerse por las vías menos democráticas y más autoritarias posibles. La oposición debe

convertirse en barrera contra el continuismo, pero también en opción para impulsar los cambios en el sistema político electoral del país. Una oposición democrática propone ideas, no las impone.

Ojalá que los negros nubarrones del autoritarismo y la remilitarización del sector seguridad y otros eslabones clave del Estado, no terminen por imponerse como tendencia y modelo con fuerza suficiente para distorsionar el proceso de reconstrucción institucional del Estado y construcción democrática en la sociedad. ¡Ojalá!